

vigorosa juventud (1). La Iglesia católica envía aun á las extremidades del mundo, misioneros tan celosos como los que desembarcaron en el condado de Kent con S. Agustin; misioneros que aun se atreven á hablar á los reyes enemigos con la misma libertad y energía con que lo hizo el papa S. Leon en presencia de Atila (2). El número de sus hijos es ahora mas considerable que en ningun otro de los siglos anteriores, sus adquisiciones en el Nuevo mundo lo han abundantemente compensado de lo que perdiera en el antiguo. Su supremacia espiritual se extiende á las vastas regiones situadas entre las llanuras del Misuri y el Cabo de Hornos, regiones que antes de cien años contendrán probablemente una poblacion igual á la de Europa. Los miembros de su comunión llegarán seguramente hasta ciento cincuenta millones, y fácil seria demostrar que todas las demas sectas juntas no forman el número de ciento veinte millones. No hay por ahora ninguna señal que indique que está próximo el término de esta inmensa soberanía (3). Ha visto el origen de todos los gobiernos y de todos los establecimientos eclesiásticos que existen en el día, y no nos atreveriamos á decir que no está destinada á ver su fin (4). Era ya grande y respetada antes de que los sajones pusieran el pié en el suelo de la gran Bretaña, antes de que los francos pasaran el Rhin, cuando florecia aun la elocuencia en Antioquia, cuando

(1) ¡Qué cosas tiene este M. Macauley! ¡Pues no desmiente al Sr. Amador que dice en son de profeta: *caerá el papado próxima é inevitablemente.*

(2) ¡Qué lenguaje! ¡qué magestad de expresion y qué modo de tratar á los papas! Se parece, no hay duda, al lenguaje y al modo del *Despertador*. ¡Si estará vd. ya pensando que Mr. Macauley es un *traidor*, que se ha vuelto *papista, romanista y fanático*, y ya se propondrá vd. mandarle un *Despertador* para . . . para qué ha de ser sino para que *despierte y se desfanatice*? No, no ¡cachaza, Sr. Amador! Aun es protestante; pero protestante instruido, justo, y adversario que cede en fuerza de la verdad.

(3) Si hay esa señal: las profecías del Señor Amador.

(4) Si el Sr. Macauley no se atreve á tanto, el Sr. D. Juan si se atreve á eso y maa, y es claro el por qué.

los idolos eran adorados todavia en el templo de la Meca. Puede, pues, ser grande y respetada, aun cuando algun viajero de la nueva Celandia se detenga en medio de una vasta soledad, al lado de un arco roto del puente de Londres, para estudiar las ruinas de S. Pablo [1]. (Este artículo salió en Octubre de 1840 en la revista de Edimburgo que ha sido siempre la revista de los whigs.)

¶ Pero el *Pontificado pesa ominosamente sobre todos los pueblos católicos*, dice el Sr. Amador; *es una autoocracia infernal que turba la paz de las naciones, que ha derramado torrentes de sangre, que . . . en una palabra, que ha hecho todos los males y ningunos beneficios á las naciones* ¿no es eso lo que quiere vd. decir, Sr. Amador, traduciendo á la habla española sus gritos y sus furros y sus obscenidades?

¡Que el pontificado, y por lo mismo el catolicismo, es un poder opresor *que pesa ominosamente sobre todos los pueblos católicos!* “Levántase el pecho con generosa indignacion, dice el ilustre Balmes, (tom. 1.º cap. VIII del Protestantismo), al oír que se achaca á la religion de Cristo tendencias á esclavizar. Ciertamente es que si se confunde el espíritu de verdadera libertad con el espíritu de los demagogos no se le encuentra en el catolicismo; pero si no se quieren trastocar lastimosamente los nombres, si se da á la palabra libertad su acepcion mas razonable, mas justa, mas provechosa, mas dulce, entonces la religion católica puede reclamar la gratitud del humano linage: *ella ha civilizado las naciones que la han profesado; y la civilizacion es la verdadera libertad.*”

Abra vd. la historia, Sr. Amador, pero no entienda por historia los cuentos de Llorente, que es, á lo que parece, quien lo ha inspirado y de cuyo arsenal ha salido armado, *lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor*; sino la verdadera, la imparcial historia, siquiera sea la de algun protestante, como sea justo: nada mas exigimos los católicos: la de Guizot, por ejemplo.

(1) Si esos elogios los hiciera un católico, seria un *fanático, un crédulo que todo acepta sin examen*. ¿No es así, Sr. Amador?

titulada "Historia general de la civilizacion Europea," le hará ver que esa vieja acusacion de *opresor y amigo de la sangre* al pontificado, no pasa de ser mas que una grosera calumnia.

Si, el papado ha sido siempre el que ha amado y ama mas que nadie la verdadera libertad y el bien de los pueblos. Dése una mirada retrospectiva y se verá un hecho que todos reconocen, el de que en la irrupcion de los bárbaros que destruyeron el imperio romano, el papado fué quien domó la ferocidad de esos mismos bárbaros, el que los detuvo alguna vez, sin mas armas que su presencia y su palabra, á las puertas de Roma, el que suavizó y crió las costumbres, la legislacion y todo, porque todo estaba desorganizado y en próxima disolucion, y el que hizo que esos propios bárbaros no arrastraran á las naciones que conquistaban, á la barbarie, sino que ellos mismos fueran conquistados por el cristianismo. Eso no tiene duda que es ejercer un poder inmenso; pero si á eso llamais *oprimir á los pueblos, turbar la paz de las naciones, derramar torrentes de sangre*, decidnos qué cosa es salvarlas. Y despues, en los siglos posteriores, no habia un rincon del orbe católico en que, si se cometia un gran desman, un acto despótico contra los pueblos, una injusticia cualquiera, no se oyera al punto tronar la voz del Sumo Pontífice romano, aunque fuera contra el mas soberbio señor feudal ó contra el mas poderoso de los reyes.

¡Enemigo de la libertad el Papado! ¡Él, que es quien ha combatido sin cesar la esclavitud, quien la ha abolido y condenado, quien ha dado sumas cuantiosas por el rescate de un solo esclavo, quien ha establecido órdenes religiosas con el objeto de redimirlos, quien ha bendecido y aprobado el generoso propósito de miles de sus hijos que iban á pedirle, como un denodado ejército á su amado general, la orden, la señal de partir á remotos paises para derramar su sangre y arrancar del poder de la Media Luna, á sus hermanos cautivos!

¡Oh sí! concretándome á nuestra cara patria, todo mejicano que siente latir en su pecho un corazon noble y agradecido, bendice la memoria y pronuncia con santo respeto los nombres de aquellos pontífices que, como Leon X, á quien Amador llama un ateo, y Paulo III, á quien villanamente ultraja, defendieron con toda su

autoridad y colmaron de privilegios á la desgraciada raza indígena, á quien hollaba la planta del duro soldado castellano. Si hubo una voz que informara lo que pasaba al Gefe de los cristianos, denunciándole los excesos de los conquistadores, esa voz salió del sacerdocio católico, de los mismos religiosos españoles que acompañaban á las tropas de Castilla, con miras muy distintas que sus paisanos (1). Y el Vicario de Jesucristo lleno de santa indignacion contra los opresores y lleno de amor por sus nuevos hijos del Nuevo Mundo, declara: *que no solo la religion sino la misma naturaleza repugnaba la esclavitud: que el único medio de propagar la verdadera piedad, hacer que floreciese en medio de aquellos pueblos salvajes y extender la civilizacion, era portarse con los americanos con dulzura, indulgencia y bondad*. Y no solo eso: hizo valer su influencia en la corte de España para que el monarca reprimiese *la insaciable avaricia y ferocidad de los vencedores* (2).

Pero ¡cómo ha de ser! El Sr. Amador dice, bajo su palabra, que el papado *pesa ominosamente sobre todos los pueblos católicos*, y lo dice, porque en vez de leer la historia de su pais, se ha dado á la lectura de esos desventurados libros (como el buen manchego á los de caballerías) que ya nadie lee y cuyas pobres patrañas es-

(1) Oid, no el testimonio de ningun católico, sino el de uno de los mas célebres protestantes, Robertson: Preciso es confesar, para honor eterno de la Iglesia romana, que los primeros que se levantaron con tanto valor como perseverancia contra la inhumanidad de los conquistadores de Méjico y del Perú, que echaron vivamente en cara á los españoles la atrocidad con que trataban á los desgraciados indígenas de la América, fueron los misioneros que iban derramando en aquellos pueblos infelices la fé. Lamentando la suerte de aquellas naciones pacíficas y débiles que veian destruir, y cuyo aniquilamiento era efecto irresistible de una série de desgracias y del exceso de los sufrimientos, levantaron el grito contra ese sistema de exterminio.

(2) Véase á Pierre Joux. Cartas sobre la Italia.

Habia un magistrado, dice Veillot en el "Perfume de Roma," un juez sin armas; pero con poder sobre las conciencias humanas, porque jamás hubo un juez mas lejítimo ni con mas solemnes obligaciones de defender la justicia, ni mas estrechamente obligado á ser prudente y recto; y este juez marcaba al rey el límite de donde no debia pasar.

tán contestadas hace trescientos años; pues son las mismas; sin quitar ni poner, que usaron Lutero, Calvino y comparsa, á guisa de argumentos *incontestables*. Cierto que es muy triste oficio el de andar desenterrando esos hediondos cadáveres.

¿Dirá todavía que le hace un servicio á la *Religion*, no atacando, pues atacar es otra cosa, sino *calumniando* baja y cobardemente al Pontificado? No, Sr. Amador; aunque vd. fuera capaz de *atacar* á la Silla romana, aunque pudiera probar lo que nadie ha hecho hasta ahora, á saber: que el papado está *sentado sobre paja*, que *pesa ominosamente sobre los pueblos*, y todo lo demas que vd. se permite estampar en su escrito, no le haria un servicio á la *Religion*; le haria el mas terrible mal; la destruiria; seria la obra de vd. superior á la de mil titanes; superior á la del infierno; puesto que ni él ha podido derribar á Roma. ¿Sabe vd. por qué? Porque el pontificado es la Iglesia católica, la Iglesia católica es la Religion de Jesucristo, la Religion de Jesucristo es la Verdad, y la verdad es una y eterna. Atacar, pues, al pontificado, es atacar al verdadero Cristianismo. A este círculo han reducido á los protestantes mil ilustres apologistas de la *Iglesia* y no les ha quedado salida alguna, *ni por la tangente*.

*Toma y lee.* (1) Estudie de buena fé, y si lo que dejo dicho, desflorando á penas las materias, porque el carácter de este escrito no permite darles todo el desarrollo de que son susceptibles, pues seria necesario escribir un libro, no lo convenciere, dígamelo por su vida; pero en castellano para que nos entendamos; propóngame *sus dudas* ó exijame mas pruebas, sin necesidad de que se dirija á los Illmos. Sres. Obispos, que eso es dar á pequeñas cosas muy alta importancia. Y no me dé ningunas gracias, que no lo merece el favor.

Por ahora, como sus rencores son en primer término contra la Santa Sede, es preciso eliminar, bien á pesar mio, todo otro asunto.

(1) El dia que dejase el papado de existir en el mundo, se acabaria el cristianismo, y sin el cristianismo no sabemos qué es la monarquía ni qué es la libertad. Mr. Laurentie.—El Papa y la Iglesia es todo uno. Conde de Beaufort.

to por mas bello que sea y por mas que esté íntimamente unido con el papado, para aplacar á vd. y para que no diga que me *salgo por la tangente*.

Probé ya, á lo que creo, que lejos de ser el poder del Supremo Pontifice *ominoso, tiránico, sanguinario, &c.*, no ha sido sino benéfico á las naciones, á los débiles sobre todo, que los grandes del siglo propenden generalmente á pisotear en su orgullo. El Papa ha sido, no nos cansamos de decirlo, con la historia en la mano, el único defensor inquebrantable de los derechos y de las libertades de los pueblos, el verdadero Padre de todos los desgraciados, el promovedor de las mas grandes empresas, en favor de toda la cristiandad; el que libertó á la Europa de ser sojuzgada y absorbida toda entera por el islamismo, por cuyo solo servicio, dice Chateaubriand, merecia que el mundo le erigiera altares; el que impulsó ó ejecutó los mas grandiosos pensamientos y las obras de que hoy mas se enorgullece el talento humano; y en fin, el mas celoso guardian de la civilizacion y el que mas impulso le ha dado. (1)

Sí, no lo dudeis: nadie mas que el Papa, que es el jefe de una Religion, toda verdad y luz, fué quien tendió una mano protectora á las ciencias, á las letras y á las artes en aquellos siglos en

(1) El mal pasajero que algunos Papas causaron, desapareció con ellos; pero estamos experimentando todavía la influencia de los bienes infinitos é inestimables que debe el mundo entero á la corte de Roma. Esta se ha manifestado casi siempre superior á su siglo: tenia ideas de legislacion y de derecho público: conocia las bellas artes, la ciencia, la cultura, cuando todo yacia en las tinieblas de las instituciones góticas: no se reservaba eselusivamente la luz sino que la difundia sobre todos: derribaba las barreras que las preocupaciones levantan entre las naciones: trataba de suavizar nuestras costumbres, de sacarnos de nuestra ignorancia y de librarnos de nuestros hábitos guerreros y feroces. Los papas entre nuestros antepasados eran misioneros enviados á bárbaros, legisladores entre salvajes. El reinado solo de Carlo Magno, dice Voltaire, tuvo un resplandor de cultura que probablemente fué el fruto del viaje á Roma. Es pues una cosa confesada generalmente que la Europa debe á la Santa Sede su civilizacion, una parte de sus mejores leyes y casi todas sus ciencias y sus artes.—Genio del C. Lib. VI. part. IV.

que no se oía mas que el estruendo de las batallas y no se *sabía* más que rendir fortalezas, domar corceles y matar moros. Las ciencias, las letras y las artes habrían perecido si la mano del Pontífice de Roma no les hubiera abierto las puertas de su palacio ó las de los monasterios, para que allí se refugiaran, lejos del tumulto y de los gritos de los hombres de guerra que las despreciaban. Y entonces, y despues y siempre, estimulaba al genio y le señalaba el camino de la gloria. Si lo veía centellear en alguna frente, lo llamaba luego y lo retenía á su lado, encomendándole algun trabajo que lo inmortalizara: si sabía que alguno no podía desplegar sus talentos porque carecía de bienes de fortuna, lo pensionaba generosamente, y todos saben en fin, que los mas célebres sabios, que los pintores, que los poetas de que hoy se gloria la Italia, fueron los protegidos, los amigos de los Papas. Las Universidades fueron tambien establecidas por los Sumos Pontífices, y ya se sabe cuántos progresos hizo allí la ciencia. Las bibliotecas eran enriquecidas por ellos con los mas preciosos monumentos literarios de la antigüedad que hoy no conocería el mundo si no hubiera sido por los cuidados de los Papas en conservarlos. Donde quiera se sentía la mano del Sucesor de S. Pedro; pero no para oprimir á los pueblos ni arrebatar á los reyes sus coronas, sino para llevar mil beneficios á todos, y colocar en las sienes del hombre virtuoso, del sabio ó del inspirado artista, el laurel de la inmortalidad.

¡Y decís que el papado es una *tea negra que arroja fatídico fuego, asfixiando en su atmósfera corrompida á los que en ella respiran!* ¡Cuánto os compadecemos! Mirad al Tasso, al Dante, al Petrarca, al Ariosto, á Miguel Angel, á Rafael, al Ticiano, al Dominiquino, á Salvator Rosa, ¡y callad! Y hoy mismo, mirad como se *asfixia en esa atmósfera corrompida* todo el que llega allí, como Chateaubriand, Alarcon y Veillot! ¡No conocéis sus cánticos, sus recuerdos, sus suspiros por la bella, la encantadora, la purísima atmósfera de la Italia de Gregorio XVI y de Pio IX? Ah, no! y por eso *blasfemais de lo que ignorais.*

Lo dicho es bastante para que se vea cuán poco conocen la historia de la civilizacion D. Juan Amador y los que prorumpen en

esas declamaciones gastadas ya á fuerza de tanto repetirlas: el clero, los Papas, la Iglesia, son retrógrados, enemigos de las luces, de la libertad y del progreso; y los que tal dicen no saben ó fingen no saber, que la mayor parte de eso que llama sus conquistas el espíritu humano y de las que se muestra tan orgulloso, no son *sus conquistas*, son las lecciones que le ha dado, y que ha aprendido mas ó menos bien, el clero, los papas, la Iglesia.

Pero sigamos con nuestro D. Juan Amador. Si tiene *ojos para ver y oídos para oír*, ya habrá notado que me he colocado en un terreno que no es el *de la Teología*, y por lo mismo el menos favorable para un clérigo como yo: que he visto de frente la influencia del poder temporal de los papas, con cuya cuestion piensan confundirnos nuestros enemigos y hacernos enmudecer de vergüenza el Sr. Amador. Ahora solo añadiré una palabra mas sobre el poder espiritual del Sucesor de S. Pedro, sobre esa supremacía de autoridad *que hemos intentado establecer los católicos*, segun dice el *Despertador*, sobre un *juego de palabras*.

Mucho le escuece ese Primado del obispo de Roma, pero "Ni por Esas," como dijo Larra, apura los recursos de su claro ingenio para darnos alguna prueba de lo que nos dice con voz tan campanuda y magistral. ¡Qué! ¿ni en Llorente halló vd. alguna objecioncilla contra *ese negocio* del Primado? Asienta vd., ya lo veo, *que el obispo de Roma nunca pudo tener ni tiene mas facultades que las concedidas á los demas apóstoles; que, por otra parte, S. Pedro nunca estuvo en Roma; que la infabilidad es un absurdo &c.* ¡*Mon Dieu*, cuántas cosas! Pero ¿las pruebas? ¿dónde están las pruebas de todo eso? Mas mil perdones: olvidaba que si la infabilidad del Papa es un absurdo, la infabilidad del Sr. Amador es muy natural y *hasta de fé*. Queda, pues, exonerado de esa dificililla tarea de demostrar uno lo que dice, y vamos al asunto.

¿Es verdad que S. Pedro no tuvo mas facultades que los demas apóstoles?—No.—¿Las pruebas? Hélas aquí:

Creo que convendrá el Sr. Amador en que nada me es mas fácil que abrir una obra cualquiera de Teología dogmática, ó todavía me-

por, el Evangelio, y copiar aquí, no uno, sino cien textos de la Sagrada Escritura en que clara y terminantemente, sin malas interpretaciones ni ambages, sino en su puro sentido genuino, se inviste á S. Pedro de suprema autoridad sobre los demas apóstoles.

Tomemos, pues, en nuestras manos, llenos de respeto, el Evangelio, no mas que por un momento. Aquí vé uno palpablemente la distincion y la preeminencia con que Jesucristo honra á este santo apóstol; ve toda esa economía admirable con que va el Santo Fundador estableciendo los cimientos de su Iglesia inmortal. Escoge primero de entre la multitud doce pobres pescadores, *imponiendo á Simon el nombre de Pedro.* (1) Primera distincion sobre los demas. Están ya como si dijéramos, las piedras, los materiales que han de formar ese eterno edificio. No falta mas que el que se designe la piedra angular, la piedra fundamental que ha de sostener todas las otras. Esa eleccion de los *doce* fué como una preparacion para otra mas solemne, mas imponente, en la que Jesus diera como la última mano á su obra. A cada paso va agrandándose la escena y caminando gradualmente al desenlace natural y esperado, si es permitido espresarse así, del Nombriamiento del gefe de la Iglesia aquí en la tierra. El Divino Maestro no aparta sus miradas de Pedro: á él se dirige casi siempre de preferencia á los otros; á él lo nombra primero y á él lo distingue en mil ocasiones. Llega un dia en que, en premio de la confesion plena que hace de la Divinidad de Jesucristo, se le hace esta promesa que solo puede hacer un Dios: *Tú eres Pedro y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia.* (2) Y la promesa va á realizarse. El Hijo de Dios, ya resucitado, va á elevarse á los cielos: llega la hora del cumplimiento de su palabra: va á ser consagrado el primero de los pontífices;

(1) Marc. cap. 3, v. 12 y sig.

(2) Las objeciones que hacen los protestantes á esas palabras de Jesucristo en favor del Primado de S. Pedro, son tan escasas de interés y tan despreciables, que no juzgo necesario consignarlas aquí: desde los primeros dias que un estudiante cursa la cátedra de Teología, las oye ó las usa él mismo, arguyendo á sus condiscípulos. Si el Sr. Amador tuviere humor de *arguir* y supiere algo de latin, yo le diré donde puede hallar esas *armas* sin ningun trabajo: en el compendio de Billuart, (tom. 1.º)

y ved cómo: El Dios de amor y de caridad, para investir de su inmenso poder al que ha de ser su Vicario, no quiere mas que una protesta, una confesion de grande amor. Por eso lo interroga, no una, sino tres veces: *¿Me amas? ¿me amas mas que estos? Tú sabes, Señor, que te amo.* APACIENTA MIS OVEJAS, APACIENTA MIS CORDEROS.»

No sé si me equivocaré: yo abrigo la persuasion de que debe dejarse á un lado el método seguido antiguamente por los controversistas, muy recomendable, por otra parte, y muy bueno para otra época, y que basta hoy dia, para muchas cuestiones religiosas, narrar simplemente los hechos y seguirlos con un espíritu filosófico. La fé no es enemiga de la razon, y nuestros Libros Santos la levantan, la instruyen y la iluminan. Eso no quiere decir, libreme Dios de ello, que no soy el primero en reconocer y confesar que al leer las páginas sagradas ha de examinarlas nuestro pobre espíritu sin perder nunca de vista que necesitamos constantemente de la explicacion de nuestra Madre la Iglesia católica, y tanto mayor es mi conviccion sobre esto, cuanto que cada dia vemos los estragos y la anarquía espantosa que ha causado entre nuestros hermanos extraviados el espíritu privado. Es ees el abuso, la rebelion del espíritu filosófico: lo que quiero decir es, que no siendo enemigo el catolicismo, sino al contrario, el protector y la fuente de la verdadera filosofia, deja de buena voluntad que sus hijos y aun sus enemigos, lo examinen cuanto quieran filosóficamente, si tal es la exigencia y el gusto de la época. Una prueba mas veo yo en eso de que se halla en posesion de la verdad. De nada se oculta, porque nada teme.

Ahora bien: cualquiera que de buena fé y á la simple luz de la razon y del buen sentido, lee esos pasajes del Sagrado texto, que yo muy en compendio acabo de referir, halla que las palabras del Salvador, sus acciones, y sus pasos todos, tienden á un fin constantemente sostenido, á un objeto que descuella en medio de todo, que se palpa, que se siente, que se adivina, y que por fin, sin violencia, sino de la manera mas clara y perceptible, se realiza. Asiste uno á un espectáculo magestuoso, sublime, imponente y divino: es

un cuadro que la mano de Dios desarrolla á las miradas de los mortales: es su Iglesia en bosquejo, que va animando el pintor celestial, que promete construir sobre el que no es mas que una caña; pero que Él puede convertir y convierte en una roca, en que se estrellarán los poderes del infierno: es su Iglesia que, por fin, sale de sus omnipotentes manos, como en otro tiempo los mundos y los cielos; que toma una forma visible, que crece y que se levanta hasta mas allá del firmamento. No quedará imperfecta: está en la tierra, abraza á todas las naciones, se compondrá de todos los hombres, y así, demanda un hombre que sea el representante, el Vicario del que va á ausentarse para mandar al Espíritu Santo: un hombre que confirme á sus hermanos, que los guie, que empuñe la sacrosanta bandera del Cristo: en una palabra, un hombre que sea el Soberano Pontífice.

¿Y quién puede ser el elegido, sino aquel á quien desde el primer día de su vocacion se cambia el nombre de Simon, no por el simple gusto de cambiárselo: eso no puede hacer Jesucristo, sino porque ese otro nombre, Pedro, Cephas, significa piedra, (1) la roca que va á ser el fundamento del edificio de su Iglesia? ¿quién puede ser sino aquel que Jesucristo señala á cada instante, que singulariza al tratarse de gobierno, de autoridad, de fé, no diciendo á los demas sino solo á él: *Tú eres Pedro... Yo te daré las llaves del reino de los cielos.... Confirma á tus hermanos..... Yo rogaré por ti para que no falte tu fé..... ¿Me amas mas que estos? Apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos, &c?*

¡Ah! es necesaria mucha ceguedad ó mucha mala fé, y tal vez solo mucha ignorancia, para decir que *San Pedro nunca tuvo ni puede tener mas facultades que las concedidas á las demas Apóstoles*. No: en esta cuestion tan clara no cabe embrollo: no es necesario saber muchos libros: basta saber sentir, saber leer y tener nomas que sentido comun. Los mas notables protestantes, como Grocio, han dado testimonio de esta misma verdad: que lo escuche el Sr.

(1) Tú es Simon Filius Jona: tú vocaberis Cephas quod interpretatur Petrus (Joan 1º v. 42.)

Amador: yo no tengo el privilegio de la infabilidad: "Pedro es particularmente designado como *Gefe del Colegio Apostólico*, y se convierte por esto en un ejemplo terrible ofrecido á todos de la debilidad humana, de una penitencia austera y de una fé regenerada. (1)

Dice tambien el Sr. Amador que *San Pedro nunca estuvo en Roma*. ¿Lo dirá seriamente? ¿merecerá tan original ocurrencia que se ocupe de ella quien tenga otra cosa en que gastar su tiempo? ¡Paciencia! A reserva de lo que diré sobre ese estupendo descubrimiento, cuando pasemos revista á la galeria de retratos, compuestos por el Sr. Amador, pñes otra vez nos habla de eso en el de San Pedro, oiga lo que dicen los hombres de su comunión religiosa. "Tenemos, asegura el baron de Starck, en favor de la primacia del episcopado de San Pedro en Roma, el testimonio de toda la antigüedad cristiana, desde Papias é Ireneo, que vivian en el siglo segundo de la Iglesia, el primero de los cuales era discípulo de San Juan Evangelista. Barnage dice que ninguna tradicion tiene tantos testimonios en su favor, y que no puede dardarse de ella sin negar toda certidumbre histórica. Parson asegura que ninguno de los antiguos puso en duda la fundacion de la Iglesia romana por San Pedro, y la sucesion de los Papas como heredero de este Apóstol; y Puffendorf, en su libro de la Monarquía del Pontífice Romano, se expresa claramente en favor de la primacia de la Iglesia romana, de su gerarquía y de su sucesion episcopal: verdad, por otra parte, tan incontestable, que ni Lutero, ni Calvino, (pero sí el Sr. Amador), ni los centurialistas de Magdeburgh se han atrevido á atacarla." (2)

¡Cómo le llueven calamidades al Sr. Amador! Solo queria yo hacerle ver que no es un cuento inventado por los abogados del papismo, el que San Pedro haya estado en Roma, y hé aquí que

(1) Citado por Stolber en la Historia de Jesucristo, tomo 4. pág. 388.

(2) Entretenimientos filosóficos sobre las diferentes comuniones cristianas.